La Protesta

Año VIII -Dirección: casilla 1181 — Lima, 19 de Julio de 1919 — Precio: 5 centavos—Nº 78

Adelante...!

—

Volvemos a la palestra a ocupar nuestro puesto de combatientes por los grandes anhelos emancipadores; volvemos como siempre, pletóricos de entusiasmo y con el cerebro bullente de ideas dignificantes.

Nuestra convicción y nuestra voluntad forjadas al calor de las luchas redentoras, jamás se debilitaron ante la agresión y el atropello brutales de un mandarín que amenazaba hacer de este pueblo, un vasto rebaño humano sumido en la esclavitud del trabajo y el silencio, un cementerio de seres anodinos en donde no se remontara libremente el pensamiento ni soplara el aire renovador de las ideas libertarias.

Una tempestad de odios y ruindades acumuladas por los poderosos del mando y el dinero se desató sobre nosotros que, erguidos, estoicos, con la mirada en el porvenir, resistimos los furiosos embates de esa tormenta reaccionaria que amenazaba hundirnos en el profundo lecho de un océano de oprobio y tirania.

La prisión de algunos de nosotros, la persecusión de otros, la clausura de nuestro vocero, no fueron suficientes atropellos para la dictadura fatídica y nefanda que acaba de caer. El autócrata con sus manos manchadas de sangre proletaria, firmó decretos draconianos y liberticidas contra nosotros y nuestra propaganda, creyendo en su demencia sofocar nuestras rebeldías y proscribir el ideal de libertad y justicia. El dictador que, en resguardo de la propiedad privada, puso la vida de los ciudadanos a merced de un ejército predispuesto a la venganza, ordenó el saqueo de nuestro taller tipográfico. Y los tipos, las máquinas, el papel, etc. que dan forma a nuestro pensamiento, fuerza y vida a nuestro ideal de autonomía y elevación individual, fueron robados por la horda de abyectos encenegados en la delación y el vicio.

El terror de arriba se impuso al pueblo; los sicarios y la soplonería rufianezca sembraron el pavor y el silencio: más nosotros no callamos por cobardía sino porque ningún impresor gozaba de las garantías necesarias para ejercer su industria.

Al reanudar pues nuestra obra, y ante una revolución que se inicia con modificaciones en la estructura política, gritamos a los proletarios: ¡adelante!...... hacia la sociedad de los libres e iguales.

La oligarquía sangrienta

—

José Pardo, el déspota representante de una casta de gamonales y políticos habilosos en distribuirse el dinero fiscal arrebatado a los pueblos, ha caído entre el aplauso de las muchedumbres y sin la más leve conmiseración de alguien. Y es que el déspota sangriento, que conculcó todos los derechos y cometió las horripilantes carnicerias de proletarios y los grandes y vergozosos peculados, creyóse seguro en el poder, porque le adulaba y aplaudía una cohorte de serviles representantes y los sicofantes de una prensa de alquiler: con su ralea de soplones y presupuestíveros obreros, con su falange de pretorianos y adictos cotizables, pensó poder prolongar su reinado ominoso, despedazando con sus garras de ave de rapiña la carne dolorida de este pueblo falto de pan, carente de libertad y víctima de la exto sión de una plutocracia infame.

Ningún régimen guber ativo en el Perú, causó mayores males al obrero y sembró el dolor, la miseria y la orfandad en la familia proletaria, que el régimen pardista: él, en su avidez de sangre, no respetó siquiera a las mujeres y a los niños que, indefensas y pacíficas en sus manifestaciones de hambre, fueron atropelladas cobardemente. La tierra, de uno a otro confin de la república, ha sido regada con sangre de centenares de hijos del trabajo.

Allí están las masacres de Huacho, Morococha, Vitarte, Trujillo, Lobitos, Talara, Negritos, Chicama, Lima, Callao y demás pueblos de indígenas, tiranizados por un gamonalismo absorvente. El trono de sangre y oro del cesarismo pardista se fincaba sobre las osamentas de tantos hermanos nuestros asesinados por los sicarios del nefando Pardo.

No somos partidarios de tal o cual régimen gubernamental, pero tenemos que mirar con simpatía la caída de un mandón que se impuso sobre los obreros con la cárcel, el destierro, la persecución y el asesinato en masa.

REFLEXIONES

— —

Somos revolucionarios sociales.

Las reformas políticas tienen por base: "el ciudadano", "el elector": quien manda, quien obedece. El sufragio universal, el régimen parlamentario, la igualdad ante la ley, refórmese como se quiera, siempre será una mentira, mientras existan las diferencias económicas entre los hombres.

Toda escuela política en el Poder, convierte su función gubernativa en la autoridad de unos pocos sobre los más y precisa de la fuerza para sostenerse. Las reformas políticas no solucionan la cuestión social.

El debate actual y único es: reformar, transformar la Sociedad presente, estableciendo un estado económico donde todos y cada uno tenga asegurado su bienestar, su libertad, su dicha. **El Estado**, llámese como se llame, siempre será el órgano de los pudientes, de los encargados de gobernar, y el dogal de los desvalidos.

***

Después de las grandes jornadas de solidaridad del elemento obrero, durante el mes de Mayo, natural es que flote sobre el ambiente, una conciencia de clase y un espíritu de cohesión y lucha.

Los trabajadores principian a organizarse adoptando formas y orientaciones nuevas, y es de alegrarse de este despertar alentador.

Si bien es cierto que el obrero aislado no representa nada ante el capitalista, también es verdad que la asociación no debe constituir una nueva forma de tiranía. La fuerza de la organización obrera debe ser el resultado de la autonomía del asociado: hacer conciencia individual y concretar las aspiraciones obreras en un ideal definido, he allí la misión de la organización moderna; suma de individuos, multiplicación de energías en las reivindicaciones sociales, eso debe ser toda asociación gremial o industrial. Debe tenerse en cuenta que estas asociaciones, no sólo se conciertan para las luchas mejoristas, sino que deben capacitarse para organizar la producción y el consumo, cuando desaparecidos el patrón y el asalariado, se establezca la Sociedad de productores libres, trabajando todos según sus fuerzas y consumiendo cada cual según sus necesidades.

Hay para mí en todo el movimiento social contemporáneo, del cual no es más que una manifestación La Internacional de Trabajadores, la tendencia a consagrar un nuevo principio de vida, poniéndose por encima, no ya de las instituciones y los poderes, sino de los mismos principios religiosos y morales impuestos por la fé dogmática. Este principio es de la razón inmanente en la naturaleza humana.

El principio tradicional ha sucumbido: y si tenéis sentimiento y conciencia del progreso, debéis abrir paso a esta nueva dirección de la vida para que se realice plenamente.

Si aceptáis ese nuevo principio de la sociedad contemporánea, como elemento que viene a sustituir el principio tradicional antiguo, llegará la hora en que los individuos y los pueblos eleven de concierto un verdadero *sursum corda*, realizándose su misión en el mundo bajo el dictado de la razón y los principios de la justicia.

N. Salmerón.

La cuestión social

—

La cuestión social que hace apenas diez años era desconocida entre nosotros, a causa del atraso intelectual en que nos han mantenido siempre las llamadas *altas clases dirigentes*, comienza a adquirir alguna importancia, merced al esfuerzo persistente de unos pocos espíritus generosos, que han echado sobre si la inmensa tarea de progagar en nuestro país las nuevas ideas sobre una organización social más justa y más humana.

Han concurrido a favorecer esta propaganda, que antes de la guerra del Pacífico habría sido tal vez prematura y estéril, infinitas causas económicas, que han originado vivo y apreciable malestar social en las clases trabajadoras.

Las reclamaciones por aumento de salario y las huelgas que se han producido en esta última década, por mucho que hayan sido débiles y mal sostenidas y orientadas, indican ya la iniciación de la lucha económica entre obreros y patrones, con el signo precursor de una evolución social, progresiva aunque dolorosa, a la que todos debemos concurrir con nuestras fuerzas a fin de darle el grado de intensidad que requiere y todo el empuje que necesita, para sobreponerse a los prejuicios filosóficos, históricos, económicos y sociales, al mismo tiempo que para destruir las viejas e injustas instituciones, que a la sombra de esos prejuicios nacieron y se desarrollaron.

Hablemos, pues, al pueblo con el periódico o la confianza, y enseñémosle a conocer y apreciar su propio valor como individuo, como factor de una sociedad en que todos los hombres tienen la misma utilidad, trátese del peón de labranza o del gerente de un banco, — por consiguiente, el mismo derecho a la libertad y a la vida, así como al reparto en los beneficios de la cultura y del progreso.

No consintamos con el silencio que los explotadores, los politicastros y los charlatanes, disfrazados de *apóstoles del justo medio*, de árbitros entre patrones u obreros, engañen a éstos abusando de su ignorancia, y los usen como escabel de sus ambiciones políticas.

Es necesario no permitir que se extravíe por cauces extraños, esta nueva corriente social, que comienza a sacudir a la clase obrera sacándola de su estagnamiento y su indolencia.

Anatematicemos la intervención de gentes extrañas a la clase trabajadora, y protestemos de la humillación de aquellos obreros que imploran la protección del gobierno para arrancar una concesión cualquiera a sus explotadores. "La emancipación de los obreros, ha de ser producto de los obreros mismos". No son ni pueden ser sinceros amigos del pueblo los que persiguen alguna posición politica a la sombra de una imposible conciliación entre el capital y el trabajo.

El problema social no se resuelve disminuyendo unas cuantas horas de labor o aumentando unos cuantos centavos de salario, ni mucho menos reglamentando el trabajo en las fábricas o indemnizando a las víctimas de él. Estos son paliativos de la odiosa brutalidad que reviste actualmente la explotación del hombre por el hombre.

Quizás si en el año 48 habrían provocado entusiasmo entre los revolucionarios, tales innovaciones; pero hoy sólo despiertan desdén entre los obreros, cuyo malestar persiste y se acrecienta constantemente a pesar de esas *reformas*.

La cuestión no estriba en averiguar si el salario que hoy gana un obrero le baste para no morirse de hambre. Se trata de invertir radicalmente el orden económico, es decir, de abolir la tiranía del capital, a cuyo acrecentamiento se han sacrificado innumerables generaciones, y de establecer la supremacía de la vida humana y la subordinación a ella, para su conservación, desarrollo y progreso, de las riquezas sociales. Se trata de que la maquinaria, por ejemplo, no sea un arma de eliminación y de aniquilamiento para el obrero, a la vez que de enriquecimiento individual para el patrón, sino un medio de acimentar el bienestar colectivo con menos esfuerzos, un enriquecimiento común y una disminución de dolor.

Este debe ser el ideal de las clases trabajadoras, de los desheredados, es decir, de los revolucionarios del porvenir.

No importa que en la actualidad el objetivo inmediato sea la disminución de las horas de labor, la reglamentación del trabajo en las fábricas o el aumento de salario: estas son escaramusas para otro combate más terrible y trascendental; y por eso, todos los obreros, todos los que simpatizamos sinceramente con la revolución social, debemos auxiliar esos movimientos parciales, porque en ellos los desheredados apreciaremos nuestra verdadera fuerza y aprenderemos a interesarnos por ese hermoso ideal de la reorganización de la sociedad humana sobre las bases de la libertad, de la justicia y de la igualdad

Glicerio Tassara.

1904.

Frente a la Dictadura

"El derecho de gentes es inviolable, ningún poder en el mundo puede infringirlo, y el que así lo hiciera iría contra ese derecho consagrado solemnemente en el Gran Libro de la Revolución del 89, y el agente agraviado puede reaccionar repeliendo esa violación del derecho por medio de la fuerza. La libertad individual es sagrada."—J. Bravo.

Creímos los editores de "La Protesta", que la Autoridad para impresionar mejor a la Sociedad y justificar su violación de todo derecho prescrito por la Constitución y los atentados de lesa civilización, había creído conveniente inculpar al elemento libertario y a su propaganda, los ataques a su propiedad privada realizados el primer día del paro general. Pero vemos que el gobierno, al dictar sus represivos decretos contra los anarquistas y su propaganda, ha tomado en serio las antojadizas inculpaciones de las autoridades subalternas, desconociendo de manera arbitraria y punible, la libertad de conciencia, la emisión del pensamiento, derecho natural no sólo facultado constitucionalmente por todo país más o menos democrático, sino que, como agente indispensable de progreso, ha sido conquistado por la civilización contemporánea, impuesto por la Humanidad siempre anhelante de dar espanción a su espíritu libertario y de adoptar superiores formas de convivencia social, política y económica.

Querer detener las aspiraciones de libertad y justicia de los pueblos, por medio del terror y de leyes antihumanas, vale tanto como pretender detener la marcha armoniosa del sistema planetario. La autoridad gobernando por medio de la violencia y el crimen, del robo y el despotismo, no puede sino engendrar el odio y la violencia. El gobierno, pues, al perseguir a los anarquistas y a sus ideales, comete un acto ilegal, un mal funesto que tiene que ser repudiado, condenado por todo hombre celoso defensor de la libertad en sus bellas manifestaciones.

Sería inoficioso en este momento hacer un estudio sobre la persecución a las ideas progresistas y a sus difundidores, llevado a cabo en un pasado de ignominioso obscurantismo. Basta decir que la Inquisición con su método de terror y muerte, no impidió el triunfo de la Reforma; la tiranía de la Autocracia y el despotismo del señorío feudal, no impidieron el advenimiento de la República y la proclamación de Los Derechos del Hombre. Y en la época presente, el oprobioso y retrógado imperialismo de los zares, fué impotente para detener la revolución que hoy libra batallas cruentas con los reaccionarios privilegiados de la fortuna.

La libertad es condición indispensable de vida para el ser humano, es aspiración sublime de los oprimidos, y oprimido es en la actual organización social, el obrero, la familia proletaria, arrojados del banquete de la vida cómoda y libre, donde sólo tienen asiento unos pocos bienhallados. El obrero víctima siempre de la codicia de los capitalistas, de la sórdida especulación de los menos, resulta ser un esclavo que tiene la libertad de alquilar sus energías y escoger sus amos para vivir mal vestido, escaso de nutrición, cuando no de la mendicidad humillante.

Inútil negar esta clamorosa injusticia! Ciegos los que no quieran ver que la desigualdad económica es negación de la tranquilidad social, es causa de la esclavitud del obrero, abandonado a su propia suerte en medio de este caos social. De allí, que el obrero uniéndose al hermano de infortunio, confundan sus dolores y aspiraciones, y se organize no sólo para la defensa de sus intereses menoscabados, de sus derechos vulnerados, sino para la conquista de un estado social que a todos procure un bienestar general. Y esta santa aspiración, este bello sueño, tal vez quimérico pero sublime, es condenado por los tiranos y sus secuaces que quisieran detener el presente, porque les asusta el futuro de libertad y armonía social.

Inútil empeño. Mientras esta defectuosa sociedad nos presente, a cada paso, sus contrastes horrorosos, sus irritantes injusticias; mientras subsista la tiranía y la inicua explotación capitalista; nada ni nadie podrá impedir que los ideales de libertad y justicia, sentimientos innatos en todo ser no pervertido y hundido en la abyección, se manifiesten y se abran paso, debido al esfuerzo y solidaridad de las clases laboriosas. Nada ni nadie podrá impedir que el proletariado de hoy, que sufre la opresión del Estado y la tiranía del Capital, se revele y luche por su bienestar, como lo hicieron en tiempos pretéritos el pária, el ilota, el siervo y el esclavo.

Ya no satisface a los pueblos, a los trabajadores, las viejas y desprestigiadas formas políticas. La solución de la llamada «cuestión social,» es el problema que agita a las masas productoras. El Estado democrático con su reformismo social, no hace sino calmar los males sociales, sin atacar la causa que origina el odio entre los hombres y el antagonismo entre las clases sociales. Ya no se trata de atenuar la iniquidad sino de abolirla, ya no se lucha por dorar la tiranía del Estado con leyes más o menos benefactoras, sino de estirparla para mejor armonía de los asociados.

Y, mientras la Humanidad esté dividida en capitalistas, privilegiados del poder, parásitos, nadando en la opulencia, gozando muellemente y abusando de su poder y posición social; y en obreros, proletarios uncidos al yugo de la explotación, produciendo siempre ingentes riquezas para obtener como recompensa un siempre deficiente salario; mientras la riqueza social beneficie a los que no saben producirla, y el trabajo sea sinónimo de esclavitud; mientas el dolor, el hambre y la mendicidad sean morbos de degeneración física y corrupción moral; mientras el dualismo existente subsista, el ideal de redención social, de libertad integral basada en la justicia y la igualdad económica, iluminará la mente de todas las víctimas del dominante derecho de la fuerza, de todas las víctimas de las concupiscencias y latrocinios de las clases dirigentes; y este ideal, tarde o temprano, resplandecerá triunfal, como el astro Sol, en todo el planeta.

Tenemos tanta fe en el triunfo de nuestras ideas, estamos tan convencidos de la bondad de nuestra emancipadora doctrina, que no nos arredra que la tiranía, cual espada de Damocles, esté suspendida sobre nuestra cabeza, lista a tajarla y abrirnos el cráneo que guarda un cerebro que sueña y piensa en una sociedad no de pobres y ricos, sino de hermanos viviendo del trabajo fecundo y gozando de una era de equidad social.

Nunca la tiranía pudo ahogar, con sus crímenes oprobiosos, la rebeldía de los pueblos esclavizados. En todo tiempo, las ignominiosas Bastillas de los despótas cayeron al son de las marsellesas revolucionarias. Las manifestaciones progresivas de los pueblos, podrán detenerse más o menos, ante la coacción brutal de los tiranos; pero será el momento preciso, indispensable para acumular energías y poder rebasar los diques autoritarios que en vano constituyen los aferrados a la rutina, partidarios de un imposible *statu quo* social.

Los satisfechos que aplauden la tiranía, como los lacayos que adoran su servilismo y se inclinan reverentes ante sus amos, desconocen o pretenden desconocer que el ideal, es el dinamismo social que mueve a los pueblos y los empuja hacia el progreso, insaciable devorador de añejas costumbres y convencionales mentiras. Los privilegiados que quieren perpetuar la ignorancia y la esclavitud de los pobres, olvidan los acontecimientos de la Historia; olvidan que el grado de civilización actual se debe a una serie de rebeliones colectivas o individuales, tanto en el orden religioso-político como en el orden científico y moral. Olvida la burguesía imperante que su régimen es fruto de una revolución. Olvidan los señores ofuscados por su avaricia y su poderío y obstinados en conservar un «orden» que no responde a las necesidades y aspiraciones del presente momento histórico, que toda tiranía es un mal y por lo tanto combatido, y que tras de la noche de terror y esclavitud, tendrá que venir la aurora de libertad y justicia. Es ley natural de las cosas. La revolución próxima tendrá que ser social, es una fatalidad de los tiempos, es una necesidad para el mejor desenvolvimiento de nuestra especie. La Revolución Social será el término de este régimen de oprobio y el principio de una verdadera sociedad humana sin odiosas rivalidades de castas y de pueblos, sin ambiciones de lucro y de dominio.

Vano empeño es, pués, pretender coartar lo más sagrado del ser humano: pensar y emitir su pensamiento libremente; sentir y amar un ideal y divulgarlo ardorosamente. Pensar y amar son facultades inherentes de nuestro ser. El ideal echo pensamiento y acción, luz y vida, es la fuerza motriz que impulsa a los pueblos a buscar su libertad, su bienestar y armonía. Estas son verdades que nadie discute y que, por su propia naturaleza, constituyen un derecho inviolable. ¿Por qué, entonces, los tiranos, que nos gobiernan, ineptos o imposibilitados para labrar la felicidad de todos, lanzan sus úkases proscribiendo del Derecho de Gentes, la libertad de pensamiento? ¡Ah! Es que la miopía de los gobernantes no les permite admirar la belleza del Ideal de Libertad; es que el espíritu usurario ha anulado en los plutócratas la facultad de «pensar y sentir hondo», y, sobrecogidos de espanto, levantan un débil vallado para contener la Revolución en marcha.

Es inútil querer detener a la Humanidad en su ascendente caminar hacia su perfección. Nada ni nadie podrá impedir que los obreros, nuevos salvadores de la humanidad, luchen por abolir todas las esclavitudes: la opresión estatal, la explotación del hombre por el hombre y la creencia en falsos dogmas y religiones reveladas que no son sino copias groseras de las bellas teogonías de los primitivos pueblos.—

***

Pueblos sin ideales son pueblos sin energías propulsoras, son pueblos muertos para el progreso y la libertad. El Ideal, todo verdad y belleza, es vida para los pueblos. El hombre sin ideal es un castrado del pensamiento y sirve de estorbo a lo humanidad que marcha.

Fracazado el ideal democrático, porque es una mentira, el gobierno del pueblo por el pueblo mismo, porque es ilusoria la igualdad ante la ley mientras subsista el reinado de la plutocracia, porque no es posible la fraternidad entre pobres y ricos como no es posible la libertad sin la igualdad de condiciones económicas, los obreros van en pos de nuevos ideales y presentan a sus enemigos sus reivindicaciones sociales. La democracia, al sostener el principio de autoridad, mantiene la esclavitud, y este mal genera otros males que hacen imposible la felicidad de los pueblos. De igual manera, el patriotismo, ideal que ha venido a sostituir el culto a la religión deistaa, es un sentimiento artificial, producto de una premeditada y disciplinada educación, reñido con el amor a la especie y que, al fomentar el odio y la guerra al extrangero, hace imposible la concordia y la paz entre los humanos.

De allí, que los hombres que no en vano tienen un cerebro para pensar, un corazón para amar y una voluntad para luchar, al igual que el árbol que necesita de sol y riego para nutrirse y sobrevivir, buscan en un nuevo ideal el elemento necesario para sobrevir y darse su libertad y bienestar. De allí, también, que la anarquía—ideal filosófico-social—que lleva la luz de la Ciencia a todos los oprimidos, imposibilitados por esta sociedad para abarcar mayores conocimientos; que llama a todos los desposeídos de la tierra al disfrute del patrimonio común, sea el ideal del pueblo; ideal excelso, sublime, proclamado por eminentes filósofos, sociólogos y pensadores como Bobio, Reclus, Kropotkine, Pí Margall y González Prada, el maestro nuestro que nos decía en uno de los últimos días de su vida ejemplar y edificante: "ya ustedes no necesitan de mi pluma, ya pueden caminar solos en la lucha por la Idea."

Para el vulgo ignorante, la Anarquía es el caos y el desorden, y los anarquistas son ciegos y brutos iconoclastas, incendiarios, ladrones y criminales, dignos del presidio y el patíbulo. Y sin embargo ¡cuán lejos de la verdad está la opinión de la mayoría ambiente!

La Anarquía es lo que dicen los anarquistas y no lo que, interesadamente, propalan las autoridades y los periodistas venales, a fin de extraviar el criterio del pueblo. La Anarquía es plantel de cultura, de educación racional, de regeneración e independencia individual; es ideal de perfección físico-moral-intelectual de nuestra especie. El Anarquismo es fuerza militante que, precisamente, por aportar una nueva moral social, de libertad y de justicia, tiene que combatir a todo el que escarnece un derecho conquistado y tiraniza al pueblo. El Anarquismo muchas veces ha salvado la Democracia y ha enaltecido la conciencia universal: tales como el proceso Dreyffus y el ajusticiamiento del preclaro Francisco Ferrer Guardia.

No veáis en la Anarquía, la bomba y el puñal esgrimidos por algunos anarquistas, pues éstos obedecieron a los dictados de su conciencia profundamente herida o perturbada por la acción bárbara, criminal de algún gobierno. El atentado de un anarquista fué siempre efecto de una causa: la tiranía. Además, al atentado personal han recurrido todos los partidos políticos y todos los credos religiosos. Rejistrad la historia desde Judith degollando a Holofernes hasta Villaine asesinando al apóstol de la paz, Juan Juares. El hecho personal no es pues obra exclusiva del anarquismo ni forma parte de su programa doctrinario.

—

Asistimos al "Renacimiento de la edad humana". (Bobio) El libre examen, el espíritu de crítica, la sed de saber, el ansia de libertad están en el ambiente, y esas corrientes de emancipación y cultura son incontenibles. Torpes, los que no quieran ver cómo la Sociología y la Filosofía, reconstruyendo la historia del desenvolvimiento progresivo del hombre y la sociedad, han sentado verdades indiscutibles y han hecho una revisión de valores anulando viejos dogmas y creencias, absurdos prejuicios e hipócritas como nefandos convencionalismos.

Pese a los gobernantes que, en su furor terrorista, han dictado leyes represivas contra la Anarquía y sus propagandistas; pese a la retrógrada burguesía que, temerosa de perder sus privilegiadas posiciones, alienta la represión contra nosotros, la Anarquía y sus prosélitos persisten y persistirán en su honrada y sincera obra libertaria, porque su propaganda responde a los tiempos nuevos, porque los pueblos claman por mejores formas de vida social, porque el pensamiento humano se rebela contra un pasado de esclavitud, un presente de opresión capitalista y estatal, y grita: "¡Más arriba!"

Al *non plus ultra*—leyes liberticidas—que la burguesía viene colocando en el frontispicio de su República vendida a la Plutocracia, la conciencia humana responde: ¡Renovación, Revolución!

Renovarse o perecer: he ahí el dilema de la burguesía imperante. La vida de la materia orgánica es una sucesión constante de renovación. ¿Por qué la Sociedad ha de escaparse de esta ley natural? No: la Sociedad no puede estancarse porque ello sería su suicidio. La Sociedad sin la Revolución semejaría un estanque de agua

detenida, terminaría por corromperse y desaparecer.

De allí que nuestro ideal de transformación social sea revolucionario. Preconizamos la Revolución, pero «no esa revolución local que derriba Presidentes o Zares, y convierte una república en monarquía o una autocracia en gobierno representativo, sino la revolución mundial, la que borra fronteras, suprime nacionalidades y llama a la humanidad a la posesión y al beneficio de la tierra". (González Prada)

"Y en ninguna parte como en el Perú se necesita de una revolución profunda y radical. Aquí, donde rigen instituciones malas o maleadas, donde los culpables forman no solamente allanzas transitorias sino dinastías seculares, se debe emprender la faena del hacha en el bosque. No estamos en condiciones de satisfacernos con el derrumbamiento de un mandatario, con la renovación de las cámaras, con la destitución de unos cuantos jueces ni con el cambio total de funcionarios subalternos y pasivos. Preguntemos a las gentes sencillas y bien intencionadas, a los agricultores e industriales, a los ciudadanos que no mantienen vinculaciones con el gobierno ni medran a expensas del erario público: todos nos responderán que llevan el disgusto en el corazón y las náuseas en la boca, que se asfixian en atmósfera de hospital, que anhelan por la ráfaga de aire puro y desinfectado, que piden cosas nuevas y hombres nuevos". (González Prada)

Sí, se necesita un nuevo orden de cosas: la tierra libre de zánganos y parásitos, de mandones y embaucadores; la emancipación del trabajo, la abolición de la propiedad privada mientras ésta no sea de uso personal; la sostitución del Estado por la Sociedad de productores, basada en el libre acuerdo y en el apoyo mútuo. Se necesitan hombres nuevos; es decir productores celosos defensores de su libertad integral, dignificados por el trabajo útil y confortable, aportando todos su inteligencia, su corazón y su voluntad al bienestar común, puesto que de esta mancomunidad de esfuerzos, de esta solidaridad de individuos autónomos, ha de resultar el que cada uno satisfaga sus necesidades económicas y sus goces espirituales.

Los timoratos, los ignorantes se asustan con la palabra: *Revolución*. Los satisfechos y privilegiados de esta sociedad caduca, denigran y condenan la Revolución. Ciertos hombres cultos y parsimoniosos, dicen: «Evolución, no Revolución.» Con tales opiniones se desconoce o no se quiere comprender que ambos términos se confunden, se complementan, porque la evolución es una serie de puntos sucesivos o revoluciones lentas que se operan en el orden biológico, étnico y ético, así como en la Ciencia y el Arte; y la revolución es una evolución acelerada que se produce en forma más o menos, violenta, y que cierra el ciclo de muchas evoluciones e indica, a la vez, el punto de partida de nuevas revoluciones.

Algunos nos dicen: «en el Perú no caben las ideas anarquistas.» Afirmar esto es cerrar los ojos a la realidad viviente, es querer negar la cuestión social en el Perú, es negar la existencia de dos clases bien diferentes: pobres y ricos. Y allí donde existe esta división social; es decir el explotador y el explotado, el opresor y el oprimido, la cuestión social es un hecho.

Verdad es que vivimos en una república democrática, pero verdad también es que *el gorro frigio de la libertad cubre a los ricos, mientras los pobres arrastran cadenas de esclavitud*. Y, al decir de Víctor Hugo: «una república con esclavos es cínica.»

*
* *

Se nos asegura de trastornadores del orden público. Pero ¿qué orden es este? ¿podrá ser orden la grosera lucha de apetitos y acomodos en que se empeñan los bandos políticos? ¿será el orden esas encarnizadas luchas entre los opresos y sus opresores, ese malestar social producido por el antagonismo de intereses, no sólamente de las clases sociales sino de los individuos y las familias de una misma clase? Puede ser el orden la vida placentera, cómoda de un gamonal, de un fabricante, de un negociante, de un plutócrata, que tiene palacetes de invierno y de verano, que posee extensos terrenos, grandes fábricas, costosos carruajes y un cortejo de lacayos; mientras en estrechos callejones y en habitaciones inmundas sin suficiente luz y ventilación, viven amontonados una porción de proletarios que durante el día han agotado sus energías produciendo para locupletar las arcas de los menos? No: estos contrastes sociales, estos cuadros de fausto insultante y horrorosa miseria no pueden ser el orden social. El orden no puede ser el Gobierno abusando del poder y sembrando la inquietud en la sociedad, el dolo, el asesinato y la orfandad en las gentes de trabajo. El orden no puede ser el imperio de la fuerza bruta, la acción criminal de los militares, nuevos pretorianos al servicio de los Dioclesianos y Cresos contemporáneos. La paz, la tranquilidad social no pueden ser obra de esta sociedad donde las laboriosas abejas humanas, en vez de eliminar a los zánganos, resultan ser corderos devorados por los lobos humanos del parasitismo social.

Se nos acusa de ser los instigadores de los desbordes populares realizados en la huelga general última. Se alega que con nuestra propaganda hemos incitado al pueblo al robo y al saqueo, y esto sólo revela premeditada maldad o crasa ignorancia en nuestros contrarios.

Si decimos que la propiedad privada si no siempre es un robo, al menos acusa una injusticia que origina la inarmonía entre los hombres, esto de ninguna manera significa que aconsejemos el robo y ataque la propiedad agena, porque con este método la propiedad cambia de dueño pero no soluciona la cuestión social.

Se nos acusa de haber preparado una revolución social para transformar el *orden* existente. Y semejante impostura solo puede ser obra de los interesados en causarnos daño a fin de perpetuar la iniquidad y la tiranía, sólo puede tener cabida en los cerebros imbecilizados, más nunca en las gentes de recto criterio y serenas reflexiones, mucho menos en nosotros que, a pesar de nuestro optimismo de soñadores e idealistas, no nos separamos de la realidad ambiente en que actuamos. Nosotros sabemos que la revolución social es una necesidad en el Perú, y que tarde o temprano llegará. Pero sabemos también que una revolución de tan grande transcendencia no se confecciona y proclama como un úkase ditatorial, ni se hace por la voluntad o capricho de unos cuantos, como se realiza el asesinato y el atropello a la libertad individual por un sápatra cualquiera.

Mas bien, nosotros altivos como siempre por la generosidad de nuestros principios, podemos acusar a todos los políticos que, desde el Poder o fuera de él, apelaron siempre a la violencia, al robo, al saqueo a la supresión de todas las garantías y a la violación de la Carta Fundamental del país. La revolución del 95, tan decantada por adversarios y partidarios del viejo Piérola, esa revolución que algunos llaman *regeneradora* del Perú, ¿acaso no recurrió al robo en forma de cupos, al saqueo, a las violentas depredaciones y requiciamiento de víveres, ganado vacuno y caballar considerados como de utilidad para el ejército revolucionario restaurador de la Constitución? Ahora mismo, en plena normalidad constitucional, que ha hecho nuestro tiránico Gobierno al arrebatarnos nuestro taller tipográfico, sino robar, saquear, creyendo en su vorágine destructora matar el pensamiento anárquico?

Aquí cabe preguntar a nuestros detractores y acusadores: ¿qué pedía el pueblo, que pedíamos los anarquistas al actuar al lado de nuestros compañeros explotados, en las magnas jornadas realizadas por los obreros de Lima, Callao y otras ciudades?

Durante dos o más meses, en asambleas y en mitins hicimos público nuestra protesta por el hambre que de manera creciente invadía nuestros hogares. En todos estos comicios y en nuestros papeles impresos hicimos ver el estado calamitoso de la clase nuestra, y de este clamor del ejército del hambre se hizo eco la prensa en general, comentando en diversos tonos, las peticiones aprobadas por el pueblo en el mitin del 4 de Mayo. Los hombres sensatos y la prensa estaban de acuerdo en que la vida era insostenible para los menesterosos, dada la carestía de los artículos alimenticios.

¿Acaso nos escuchó quienes debieron oírnos? No. Antes bien se echazó en las antesalas de palacio a la Comisión que, en nombre del pueblo, fué a presentar al Jefe del Estado el memorial del Comité Pro-Abaratamiente de las Subsistencia. Y a este desprecio se unió la provocación por parte del Gobierno: primero atropellando y abaleando a las mujeres del pueblo reunidas en manifestación pública y pacífica, después apresando a tres miembros del Comité del Pueblo, porque, hemos de confesar que en el Comité Pro-Abaratamiento de la Subsistencia estaban representados todos los que sudan en fábricas y talleres, los campos y las minas, en los almacenes de comercio, la marina mercante, todos los que viven de su escaso salario. Con esta actitud de violencia de la autoridad, se nos empujó, pues, a la huelga general, a la paralización de nuestros brazos creadores. Y lo aceptamos como un gesto de protesta contra los responsables de nuestra situación de hambre, como una condenación del acto incivilizado de abalear mujeres indefensas, como un gesto de altivez ciudadana que se yergue ante los que, injustamente, atropellan el derecho de gentes coactando la sagrada libertad individual, estableciendo un régimen dictatorial que los pueblos y los individuos deben repeler en nombre del derecho violado, en defensa del principio de libertad: reacción ésta necesaria en estos momentos en que la libre emisión del pensamiento sufre el más rudo golpe de los retrógrados que nos gobiernan.

Si a alguien debiera culparse de los asaltos y saqueos realizados en el paro general, ese alguien es el mismo gobierno que hoy está adoptando activamente medidas tendentes a abaratar las subsistencias, medidas que si las hubiera realizado cuando el pueblo en asambleas y comicios públicos las reclamaba, el paro general no se hubiera producido, ni mucho menos los hechos populares que el gobierno y la burguesía han tomado por un movimiento maximalista, cuando en el fondo no ha sido sino la revelación patente de que el hambre agobiaba al pueblo.

Con la mayor sinceridad tenemos que declarar que el Comité Pro-Abaratamiento de la Subsistencia, a pesar de la heterogeinidad de sus componentes, fué compuesto de un núcleo de hombres íntegros dispuestos nada más que a cumplir las decisiones de los obreros y luchar por el triunfo de sus anhelos mejoristas. Y, hasta nosotros anarquistas, dejamos por un momento nuestra campaña doctrinaria para entregarnos de lleno a luchar por lo que el pueblo pidió en las conclusiones del mitin del 4 de mayo. Tanto el Comité como el pueblo al desarrollar su acción nunca pensó en derrocar el poder constituído ni trasformar la sociedad, porque para lo primero no éramos un cuerpo político con ambiciones de gobernar, y para lo segundo precisaba que fueran unos intonsos o demasiado ingenues los del Comité, para creer que con el ataque a unas cuantas encomenderías iba a transformarse el orden social presente. Enamorados fervientes de la verdad, tenemos que declarar que la acción solidaria de los trabajadores fué contra el Hambre, contra este terrible azote que fragela los cuerpos anémicos de los proletarios. ¿Es esto un delito? Respondan por nosotros las conciencias honradas.

Venga la invasión de los bárbaros contra nosotros; golpee la maza de los tiranos sobre nuestro cuerpo. Mientras nuestro cerebro funcione como hasta ahora, mientras no se entorpezca nuestro verba, pensaremos y diremos al pueblo nuestros redentores ideales. No importa que el autócrata que se escuda en la fuerza, dicte sus draconianos decretos contra nuestra propaganda; no importa que las autoridades, enemigas de la luz, nos roben el pequeño taller tipógráfico que habíamos formado con nuestro esfuerzo, con el centavo de los obreros y hombres de bien que con sus óbolos nos alentaron en nuestra libertaria tarea; no importa que se nos persiga y encarcele y se nos maltrate. De nuestros dolores corporales haremos un torrente de palabras para lapidar a nuestros enemigos.

A pesar de la represión sangrienta, de los decretos anticonstitucionales, el pueblo ha triunfado; hemos triunfado nosotros. El paro general fué un exponente de solidaridad pujante, mucho más digno de encomio si se tiene presente la expontaneidad del movimiento. Nuestros ideales han tenido la virtud de preocupar a los poderosos y a los indiferentes, de levantar el espíritu de algunos de nuestros compañeros retraídos de la lucha, y de ser procesados nuestros ideales. Y desde la prisión, el destierro o donde quiera que estemos, llevaremos nuestra palabra al pueblo, y frente a los mandones y sus secuaces diremos estoicamente: «*E pour se muove*», las ideas se agita. Nuestro ideal más que caminar, vuela y se posa en el cerebro de los huérfanos de amor, de los anciosos de la luz y libertad.

"Anárquico es el pensamiento y hacia la anarquía va la historia", decía el gran Bobio, y Sarmiento dirigiéndose a los tiranos de su pueblo decía, "¡Bárbaro! las ideas no se degüellan".

Nosotros esclamamos con el filósofo: "Toda innovación cuesta sacrificio, y el sacrificio en este caso es soberbio, es sublime, La pasión que se desborda del alma del que lucha, es una noble pasión y desvía al hombre del sendero del mal. El que no toma parte en las luchas del pensamiento y de la acción, no pertenece al hombre íntegro, es un hombre que anda con todas las castraciones en su alma, es el hombre regresivo, es la inconciente rémora de todos los adelantos". (Bobio.)

Nosotros desde aquí decimos a la burguesía: *tus días están contados*. Prepárate a ceder el paso a las ideas nuevas que van germinando en las multitudes. La gran Revolución que ha de terminar con la iniquidad social, se avecina. La anarquía,—sinónimo de libertad y harmonía—pertenece al porvenir.

"La Protesta", la hoja nuestra, pequeña en su formato pero grande por sus ideas de redención, vive en el cerebro y en el corazón de todo hombre de bien, vive y vivirá porque es el alma del pueblo, porque es pensamiento y acción, porque es para el oprimido como el Sol para la madre tierra, como el rocío para la débil planta

El quejido del niño sin pan ni abrigo, el anatema del obrero insultado por el patrono, el odio de la obrera estruprada por el lujuriente amo, el ¡ay! quejumbroso de la anciana desvalida, el grito rebelde del luchador indómito, el bello sueño de redención del propagandista libertario, eso es "La Protesta". Por eso vive y vivirá eternamente en el recuerdo de todos los trabajadores.

Por "La Protesta", bandera de libertad y látigo de los tiranos.

¡Viva La Anarquía!

Delfín Lévano.

Lima, 2 de Junio de 1919

Nota de Redacción.—Este manifiesto no vió la luz pública oportunamente, por falta de taller tipográfico donde editarse. El temor de los impresores era justificado en ese entonces, en que los bárbaros soplones se ensañaban contra máquinas y tipos.

LO QUE QUEREMOS

Hay millones de seres humanos que trabajan diez o doce horas diarias en odiosas condiciones, a cambio de un jornal insuficiente.

Hay millones de ancianos que, habiendo fomentado la riqueza pública y edificado fortunas particulares durante una carrera de veinticinco, treinta y cuarenta años, tienden sus manos callosas y descarnadas a los transeuntes o solicitan su entrada a los hospitales.

Hay millones de niños hermosos e inocentes que carecen de alimento y de la cultura indispensables.

Hay millones de mujeres bellas, naturalmente aptas para inspirar y sentir amor, que viven en la horrible y degradante irregularidad de la prostitución.

Hay millones de seres vigorosos que buscan trabajo, y sin trabajo carecen de todo lo necesario.

Hay millones de jóvenes arrancados al campo, al taller, a su familia, a sus amores, en previsión de matanzas incomprensibles y criminales.

Hay millones de desgraciados a quienes la miseria, la ignorancia y la opresión impulsan fatalmente a infringir la ley dirigida contra ellos, y como consecuencia gimen en las cárceles y en los presidios.

Toda persona de inteligencia y de corazón debe querer que eso acabe.

* * *

Intrigantes y ambiciosos investidos de un mandato por la candidez popular, tunantes e imbéciles revestidos con el carácter de funcionarios por complacencia gubernamental, saquean impunemente el tesoro público que alimenta el proletariado.

Los ministros de un Dios ridículo, apoyan sobre el absurdo de los dogmas y las metafísicas de la creencia, el dominio de una clase de privilegios que le acompañan.

En su ignorancia y en sus hábitos de servidumbre, las multitudes aclaman al que las azota y las aplasta, acuden respetuosas al paso de un grande que las desprecia o las adula, y aceptan pasivamente los consejos de los adormideras y de los que predican resignación.

Todos los espíritus libres y todos los corazones generosos, desean que eso tenga fin.

* * *

Vivir, ser dichosos, ser libres, eso es *lo que queremos.*

Gustar del bienestar físico que asegura una alimentación sana, un buen vestido y una habitación cómoda.

Cultivar nuestra inteligencia, desarrollar nuestros conocimientos, enriquecer nuestro cerebro con los conocimientos adquiridos, regocijar nuestra mirada con la contemplación de las obras maestras del Arte y de la Naturaleza, procurar a nuestros oídos el canto de las puras armonías, estudiar con espíritu independiente los problemas de la vida, pasear libremente nuestra curiosidad a traves del mundo de las realidades y de las observaciones, pensar lo que nos inspiran nuestra razón ilustrada, y confiar a nuestra boca atrevida el cuidado de expresar nuestra idea.

Eso es lo que queremos.

* * *

Y queremos también fundar lo más pronto posible, un medio social favorable al desarrollo íntegro de la personalidad humana, por el libre juego de las fuerzas que se agitan en nosotros y de las pasiones que nos impulsan, por el desprendimiento normal de nuestras afinidades, por la noble radiación de nuestras simpatías.

Hay que pedir a la vida todas las alegrías que contiene.

Propagadores voluntarios de una idea, que sabemos es justa y bella, consideramos animosos las consecuencias de la batalla, y sería para nosotros más penoso permanecer inactivos en el seno de la pelea que caer en los riesgos consiguientes a ella.

Si es ser malhechor querer el fin de la miseria, de la ignorancia y de las guerras; si es ser malhechor preparar el advenimiento de una sociedad de concordia, de saber, de abundancia y de armonía; entonces somos malhechores; aceptamos el epíteto: le reivindicamos con orgullosa dignidad.

Abandonen los adversarios la esperanza de desarmarnos; no somos de aquellos a quienes se intimida ni a quienes se corrompe.

* * *

El espíritu de independencia se desarrolla y fortifica en el seno de las nuevas generaciones; la idea de emancipación anima e inspira a todos. El esclavo quiere conquistar su plaza de ser libre. Queremos ser dichosos, ciertamente: más, puesto que es posible; queremos que lo sean todos, porque no podríamos reir cuando los otros lloran, ni cantar cuando los otros gimen.

Eso queremos, y lo queremos con el poder de nuestra firmeza, con la energía de nuestra perseverancia.

¿Lo quieres, tú que me lees?

Quieres vivir, ser dichoso, ser libre?

Quieres que cada uno sea libre, sea dichoso y viva? ¿Sí? Pues depende de tí, de mí, de todos, que esa aspiración magnífica se convierta en un hecho. Si lo quieres resueltamente, despídete de tu pasado; abandona, si es preciso, familia, amistad, posesión; huye de la atmósfera pestilente de las iglesias, de los cuarteles, de los parlamentos, y ven a combatir libremente en medio de los hombres libres.

SEBASTIAN FAURE.

Proletarios y burgueses

La redención del obrero será el resultado de la revolución.

La revolución es dolorosa pero saludable, sangrienta pero fecunda. Mutila pero salva, ha dicho de ella Victor Hugo.

Intentarla es defender la propia existencia, es ejercer un derecho inalienable.

Y hoy es tan necesaria como ayer, después de las amargas decepciones producidas por las mentiras de tan decantada civilización.

Todos los errores, todos los vicios del pasado, ocupan de nuevo su asiento en el festín. Sólo han cambiado de disfraz.

No nos hemos alejado mucho del feudalismo medio-eval. Porque la vida del obrero, del paria de hoy, no se estima en más que la vida del pechero, ayer.

En el gamonal de nuestros días se encierra el mismo espíritu cruel y sanguinario del cacique de antaño. Sólo hay una diferencia, que talvez no sea sustancial: al asno con envoltura humana ha sostituído el lobo con piel de cordero.

Los castillos de hoy son haciendas en el campo y Bastillas industriales en la ciudad. No se divisan las almenas ni se atraviezan puentes levadizos, pero aún se escucha el rumor de las cadenas del esclavo, aún se sabe de la existencia de horcas y de mazmorras.

La «Mano negra» y «Montjuich» ¿permiten hablar de humanidad y civilización?

El capital ha sostituído al ideal. Y al morir el ideal ha llevado consigo a la tumba la justicia y la libertad.

El obrero sigue siendo el paria social. La diferencia entre el hombre y la bestia parece no haberse establecido aún. Más todavía: para el gamonal, la condición del hombre es inferior. La bestia representa para el propietario cierta suma de dinero; al hombre se le reemplaza, sin gasto alguno, cuando ya no puede trabajar.

Después de diecinueve siglos de *civilización cristiana*, el obrero sigue siendo esclavo del capital. Terribles sacudidas han marcado sus esfuerzos, siempre dolorosos y siempre estériles. Forjaba sus cadenas cuando creía forjar el hierro para conquistar su libertad.

El capital ensoberbecido, amenaza, con sus máquinas, reemplazar el esfuerzo muscular del obrero. Y tras de esa amenaza, se vislumbra la miseria y el hambre. Suya es la obra.

Hay, por lo menos, inconsecuencia en esta amenaza, ya que no ingratitud.

La máquina representa el esfuerzo del obrero. No brota del pedernal la chispa sin el eslabón que lo golpea. El obrero arranca el hierro de las entrañas de la tierra; él da formas a la idea, él se introduce en las sombrías sinuosidades de las minas para extraer el combustible que dará la fuerza necesaria para moverla.

Y todos esos progresos de la mecánica ¿no los hicieron fecundos los obreros destrozados por las mismas máquinas o por las explosiones del grisú en las minas?

Seamos equitativos, seamos justos.

¿Quién tiene más derecho a la tierra: el que sin fatiga alguna saborea sus más sabrosos frutos, o el que, encorvado sobre ella, arroja en su seno la semilla, la fecunda con el sudor de su frente y la hace producir.

El obrero es un rey destronado que paga tributo a una libertad que jamás ha existido para él. El mundo y su progreso le pertenecen, y oficia en él, sin embargo, de esclavo del capital sin más patrimonio que la miseria y el hambre de sus hijos, sin otro lenitivo que el recurso desesperado del alcohol.

¡Y pensar que bastaría un débil esfuerzo de este «gigante atado con telarañas» para conseguir su libertad! ¡Que podría iniciar, él mismo, la reforma de esta injusta y temeraria organización social!

«La revolución estirpa todo lo que es tiranía en todo lo que es tirano.» Y le bastará querer la revolución.

ALFREDO BALDASSARI.

No nos vendemos

Mientras el odio y el terrorismo blanco del fenecido gobierno nos acorralaba; mientras la burguesía y ciertos periodistas inescrupulosos lanzaban sobre nosotros sus calumnias y dicterios; hubo alguien que parapetado en el anónimo, desde las columnas de "La República", desfogó su rencor morboso y puso en transparencia su pequeñez de espíritu, propalando incidiosamente que los que escribimos "La Protesta" estábamos subvencionados por el régimen pardista.

Esta garrafal impostura, mucho más vituperable en los de "La República", que nos conocen muy de cerca, acusa una falta absoluta de grandeza moral, y, da pesar de que, desde "La Razón", pulverizamos esa infamia, hoy creemos necesario decir:

No somos mercadería expuesta a la venta. Somos ricos, demasiado ricos, y avaramente en nuestro cerebro y en nuestro corazón guardamos un tesoro inmenso de bellos ideales y sentimientos generosos. El dinero de los poderosos no nos alucina.

Idealistas, enamorados de la poesía de la vida, caminamos por esta tierra del medro y la codicia, llevando consigo nuestro tesoro: la Anarquía, inagotable venero de nuestra riqueza.

No somos, pues, gentes que *hipotecan* su conciencia y rinden tributo a los *providenciales*.

De Administracion

En el próximo número daremos cuenta del estado económico del periódico, pues debido al vandalismo policial de los días del paro, se nos ha extraviado algunas listas de erogaciones que procuraremos obtenerlas nuevamente. Pero nos adelantamos a decir que el déficit es seguro, pues hemos perdido todo el costo del número que debió circular el primer día del paro y que se robaron los soplones.

"PLUMADAS DE REBELDIA"

Los compañeros de esta revista, participan a todos los que les envian canje, lo suspendan hasta que indiquen su nueva dirección.

Imprenta Peruana: Lima, Inambari 338.